

LA DÉSOLACIÓN DE LA QUIMERA

ANTONIO PÉREZ RAMOS

VIAJE AL INTERIOR DE RUSIA

1

Bajo la apariencia de la impasibilidad, los rusos han generado en rostros y ademanes una armadura coriácea frente a todo discurso de poder, por más cimentado que se presente en toda estadística y comparación imaginable, si entra en conflicto radical con su experiencia vivida. Se trata de un reflejo generacional, quizá automático. Antaño: ¿Sputnik, vanguardia de la humanidad, trabajo, educación y sanidad gratuitas y garantizadas como en ningún otro país? Lo que tú digas, *barin*. Ahora: ¿Reforma hacia el bienestar general por mor del mercado libre, plena democracia participativa, reconocida libertad de expresión, desarrollo imparables dentro de la mundialización de la economía? A mandar —*kak prikázhetie!*—, ya te he oído. ¿Es esto hipocresía o se trata acaso de un pensar dúplice? Quizá triple o cuádruple. Aquí no se manifiesta tan sólo el síndrome de quien ha de confirmar una y otra vez que la mesa es negra cuando la ve blanca, porque no nos encontramos ante una simple polarización, o un combate cuerpo a cuerpo entre la verdad y la mentira. La matriz general del Gran Embuste adoptó antaño y adopta ahora un intrincado claroscuro de medias mentiras y medias verdades. De ahí el veneno insidioso vertido en una conciencia acostumbrada a refugiarse malherida en la fortaleza de lo más palpable y cotidiano, albergue situado entre la desesperación y el cinismo. Y es que una aeronave se puede ver y tocar en una exposición o en un museo; también, si aún se cuenta con capacidad de asombro, se puede leer el pormenor de algún escándalo financiero y criminal de la vieja—nueva nomenklatura. Pero ¿en qué modifica todo eso la vida diaria de los viajeros de éste y de cualquier otro tren, y cómo puede aliviar la sensación generalizada de impotencia? La cotidianidad se venga de la ideología. Entre la presunta fe y su presunto objeto la distancia era y es demasiado corta para que algo resulte creíble. Otra vez, la cotidianidad irreductible a cifras e índices se

adensa en el trayecto Moscú—Vladímir cuando (como en todas partes) los comisionados para hacerlo hablan del dominio triunfal de la inflación, o cuando analistas mercenarios como R. Layard y J. Parker redactan para uso de inversores extranjeros sesudos aunque cautos pronósticos sobre el milagro económico que se avecina (*The Coming Russian Boom*, Londres, 1996).

Pero la cuestión de la tercermundización quizás deba abordarse desde otros supuestos. Hasta anteaño, era el gobierno de Moscú el que recibía delegaciones y consideraba para su visto bueno peticiones y subsidios, otorgaba becas a estudiantes sudamericanos, africanos o asiáticos, dictaba u orientaba políticas y, mal que bien, encauzaba ayudas económicas ligadas a sus intereses estratégicos. Su escenario era mundial. ¿Quién, si no, se proclamaba bastión frente al imperialismo o el neocolonialismo (ajenos), y soporte o motor que, con buena doctrina, arrancarfa a tantos pueblos del subdesarrollo? A falta de otra cosa, el arsenal atómico, el territorio inmenso, el peso demográfico, y la presencia en uno y otro hemisferio, hacfan de la antigua URSS el imprescindible interlocutor en paridad sobre el destino planetario. En el universo de sombras propio de cualquier ciudadano, ahí estaba el fulcro de la propia estima, en los intervalos que dejara libre esa incredulidad radical en la cual quizá sea imposible vivir de continuo. Se nos temía y se nos respetaba. Quizás sabíamos que sólo se nos respetaba porque se nos temía. Ahora, como reconocía en 1993 el antiguo embajador en Washington Vladímir Lukin, ni se nos teme ni se nos respeta. Sobre el abismo abierto entre la realidad y la apariencia el ruso soviético quizá podía lanzar, a sus horas, el puente colgante del proclamado temor y respeto. ¿Cómo contabilizar el valor simbólico de todas esas cosas y, en especial, la imposibilidad efectiva de comparación real con los países presentados como enemigos o, al menos, competidores? Y hoy... son delegaciones rusas las que, como las del Pakistán o Somalia, se atienen a los dictados del FMI y del Banco Mundial —o del BERD en Europa—, mendigan,

se adeudan y reciben préstamos condicionados al seguimiento de estrategias económicas que otros deciden. Aquellos peritos extranjeros que supuestamente nada sabían son los que asesoran hoy a quienes nos mandan. Se acabaron los sueños de gran potencia, los vasallos que acudían a Moscú, las ofertas de ayuda al desarrollo tecnológico o científico para quienes, a la postre, son más o menos como nosotros. Una mañana nos despertamos y nos comunicaron de manera oficial que nuestra situación era casi como la suya, con la cara plúmbea de los misiles, las aeronaves, el gigantismo roñoso e ineficaz de la industria, la catástrofe ecológica, el espectro nuclear, la sanidad y la escuela desasistidas. Y esta vez el discurso del poder sí que coincidía con la experiencia diaria. ¿Cómo ha sido todo esto posible? He aquí el trance por el que, a pesar del dictamen de Gudkov y de otros, ningún país del Tercer Mundo ha pasado, precisamente porque, por encima y por debajo de cualquier índice econométrico, ninguno estaba ni está desempeñando el papel de alternativa viable a la forma hegemónica del desarrollo. ¿Sería ello una propiedad insoslayable de la naturaleza de las cosas, o quizá sólo de la naturaleza de quienes deciden qué privilegiar en la naturaleza de las cosas? A su manera, los viajeros del tren Moscú-Vladímir adivinan que a veces es posible preguntar aquello cuya respuesta siempre ignoraremos; y saben muy bien cuánto hay que saber de los puentes colgantes entre realidad y apariencia. Pero ¿cómo encontrar en una conciencia por tanto tiempo colonizada palabras para expresar el desenmascaramiento y el derrumbe de la propia identidad? Frente a las antiguas mentiras se utilizaba la coraza deformadora del cinismo. Ahora, ¿cómo y en dónde forjar nuevas armas para defenderse de la desmoralización inconsciente que los criterios del bienestar y consumo ajenos imponen a cada instante? ¿Cómo reaccionar frente a la impunidad que el fuerte manifiesta ante el débil, desprecia-dado aunque temido un día?

Es imposible reconstruir de la noche a la mañana un sistema íntimo de compensaciones ante tal desamparo de símbolos y cosas. No creo que la pareja sentada ante mí haya conseguido hacerlo. También ellos viajan con su mellado cubo de metal y sus in-nominados bultos. Pero modernidad obliga: un audífono japonés distrae a la joven, hastiada quizá de este paisaje llano de abedules contemplado tantas veces. El estridente rock-pop-rap que, a pesar de todo, llega a mis oídos, le hará olvidar durante el trayecto las tareas de acondicionamiento en la construcción que habitarán los próximos días. Ellos se apearán en Petushki, me han comentado. En efecto, después de hacerlo yo, puesto que Oriéjovo-Zú-

yevo se levanta cuando acaba la provincia de Moscú en el límite con la de Vladímir. Es probable, pienso, que ignoren el legado de Petushki a la posteridad. No sé si debería contárselo. Quizás lo conocen mejor que yo o, en todo caso, su interés no derivará hacia el cercano pretérito: unas veces no se sabe qué hacer con él; otras, aparece como un fantasma morbosamente de reglas claras y porvenir asegurado y destruido; en general, constituye un obstáculo a la hora de engolfarse en la ensoñación del prometido futuro. Pero Petushki no es un topónimo banal. Casi nada es banal en Rusia. Muchos expresidarios del Gulag, por imperativo forzoso de la ley soviética, se establecieron en esa villa a la que esta pareja se dirige; para aquellos estaba prohibido residir en Moscú o en su provincia. Y de tal mundo de desesperanza en el camino entre estaciones perdidas del exilio interior, el escritor Venekdiakt Yeroféyev extrajo como *samizdat* en 1970 la alucinada obra *Moskvá-Petushki*, o sea, el recorrido que ahora estamos cubriendo nosotros. Se trataba (¿se trata?) de un mundo sin escapatoria, burlona ética de borrachos y soñadores: en 1988 el libro fue por fin publicado en Rusia, aunque con el título *Moscow Circles* ya se había difundido en Occidente años antes. De manera que en este tren, como la joven del audífono japonés, irían y vendrían quizá a diario los retornados de Kolymá y Norilsk, al acecho de noticias en Moscú sobre la liberalización y recomposición del régimen en la época del deshielo: un rumor aquí, una insinuación allá, un nuevo capricho de Jrúschov. Tal vez un día se podrían instalar en la capital, su dorado sueño, cuando mudaran las leyes; tal vez los dueños de la tierra acabarían proclamando "crímenes" (*priestupleniya*) a los "errores" (*oshibki*) de Stalin; tal vez el espíritu inmortal de Lenin volvería a iluminarlos a todos desde su mausoleo... Todo esto parece la prehistoria, y palabras y frases las propias de un delirio teológico que animase la formulación de aquellas esperanzas. Pero ¿cómo habría escrito Yeroféyev sin un ápice de esa esperanza maníaca, de esa incredulidad incrédula que permite al naufrago redactar su mensaje, introducirlo en una botella y lanzarlo al mar? ¿Cómo habrían hecho hombres tan dispares como Solzhenitsyn, Shalamov, Galich, Voinovich, Siniavsky, Brodsky, Búkovsky, Zinoviev, o mujeres indomables como Nadezhda Mandelshtan y Yevgheniya Ghinzburg, junto a tantos otros, si no se hubieran montado alguna vez en una imaginaria e intemporal línea Moscú-Petushki, que es la de la esperanza alumbrada en el nódulo de la desesperación? Ya tengo que despedirme de la pareja excursionista y de su audífono japonés. Los andenes están apareciendo a ambos lados del vagón y los abedules se esconden más allá de las casas. He aquí la estación de Oriéjovo-Zúyevo.

A 90 kilómetros y más de dos horas de Moscú por vía férrea, puedo comprobar enseguida lo que también observaría en lugares como Tver, Yekaterinburg o, más lejos, en Irkutsk o quizá Vladivostok: Moscú no es Rusia. No lo es aunque el 80% del capital industrial del país se sitúe allí y también allí bullan las enrevesadas intrigas políticas y financieras que Occidente escudriña. O, de otro modo: si Moscú es Rusia, lo será a la manera como el zoco sito frente a la estación de Kursk representaba al mundo entero, o sea, por poderes, por mañas de ventrílocuo o por gracia del imaginativo cacumen de algún hermeneuta. Cuando, transitado el andén y atravesada la vía, penetro en la estación, el charco central que la anega a guisa de *impluvium* romano me hace observar la destrucción añosa del techo, las baldosas ausentes y la pátina de humedad sobre los muros: también aquí ha llovido por la noche. A. me está esperando. Enseguida nos vemos; me abraza y besa a la manera rusa; luego me guía hasta la salida. Así atravesamos un campamento zingaro en movimiento polícromo y enigmático, gentes que, de camino al tren, tomarán la ruta de Moscú o se aventurarán en dirección a Vladímir y al Volga. Otra vez las cajas, los bultos, los ceños fruncidos en el abordaje de vagones y en el cometido privado del viaje, la incursión comercial o la mudanza errabunda. Otra vez el pensamiento clavado en la mercancía material y en la mercancía inmaterial. Oriéjovo-Zúyevo, fundación textil de un siervo emprendedor a finales del siglo XVIII, es herencia preciada de dos vetustas quimeras. Primero fue la industrialización ejemplarizante del filántropo Morósov, quien, al final del pasado siglo, rehusó seguir los pasos de los Putilov y otros tiburones de la industria zarista situados en las dos capitales. Morósov, como Riabushinsky y Tretiakov el coleccionista y mecenas, pertenecía al grupo de los "viejos creyentes", esos que algunos estudiosos del desarrollo económico del antiguo Imperio han comparado con los portadores del espíritu calvinista que habría animado el primer capitalismo en Europa Occidental. Desgajados de la ortodoxia oficial a partir de 1680, estos cismáticos o *raskól'niki* se repartieron por un Estado que, por discriminación religiosa, les negó acceso a la administración civil y a los empleos militares. Muchos de ellos engrosaron así el estamento de los *kuptyy* o comerciantes y, según las crónicas de sus contemporáneos, en él destacaron por su constancia, tenacidad y honradez. No son excepción si los comparamos con otros grupos perseguidos. Y así fue como Oriéjovo-Zúyevo contó con las que quizás eran más humanas condiciones de explotación industrial en toda Rusia en épocas de Alejandro III y de Nico-

lás II: dormitorios o apartamentos familiares, escuelas y guardería gratuitas, talleres, establecimientos de formación técnica o profesional, y unas regulaciones de higiene, sanidad y medicina que acaso tantos trabajadores de Occidente percibirían entonces como casi paradisíacas. De toda esta herencia vuelve a hablarse y escribirse hoy. Se glosa y se añora y, en la imaginación, se reinventa como en un yunque de oro. Este paternalismo empresarial de inspiración religiosa generó entre los obreros textiles de los Morósov un proletariado culto y pronto consciente sobre el destino de su clase fuera de aquella ínsula de bienestar. La instrucción trajo el sindicalismo e hizo arraigar con fuerza el ideal socialista. El desfase brutal con la realidad política engendró de inmediato el desafecto y, en palabras de entonces, la rebelión. El proletariado de Oriéjovo-Zúyevo organizó las primeras huelgas de importancia que conoció el Imperio, participó en la revolución de 1905, envió a luchar a Moscú a dos batallones reclutados entre sus filas en 1917, y el sueño de Morósov se convirtió al poco en el sueño de Lenin. Como reconocimiento a los servicios prestados, las autoridades soviéticas otorgaron a la ciudad en 1970 la Orden de la Gran Revolución de Octubre. ¿Cabe mejor lugar para construir mitologías sobre dioses habitantes de algún cielo que aquel ya consagrado por crónicas de hombres reales que siempre mostraron esa actitud prometeica? Pero, ay, para su fortuna los obreros textiles del viejo filántropo Morósov no pudieron prever el ciclo que la noria movida por otros amos (ni amantes del hombre ni amantes de los amantes del hombre) sabría cumplir según el inexorable orden del engaño, el expolio y la impunidad. En la lucha entre trabajo y capital —lucha cuya percepción hoy se atribuye sólo a alucinados—, ¿quién es con mayor facilidad identificable como enemigo: el Zar con su corte o Brezhnev y Yeltsin con la suya? Cambian las legitimaciones tanto como los legitimadores. Mudan Dios y el Dinero, y muda la pericia letal sobre Dios y sobre el Dinero. Omnipotente, omnisciente y omnipotente en teoría y en vocación, el nuevo Estado soviético no podía permitirse otros obreros de este u otro Oriéjovo-Zúyevo que desarrollaran formas alternativas de organizarse, de convivir, de producir, y de pensar. Como la esperada parusya ya había llegado, la fe debía confundirse por fuerza con su objeto y, por eso, sin sombras ni contraluces el destino de los habitantes de esta ciudad se diluyó en la media de la población soviética: cultura diaria del simulacro (*po-kazhuja*), la desidia y la corrupción. ¿Qué resta hoy de todo aquello?

Al salir de la estación me doy de cara con el primer signo de la vieja-nueva Rusia que ha llegado a la

provincia: un patético kiosko de pizza prefabricada. El candado y la cadena roñosos dejan bostezar la media puerta superior. Mido las polvorientas aceras y calzadas y, otra vez sobre el barro, el serpenteante lazo humano de vendedores y vendedores: aquí unas chaquetas de inimaginable lana tejidas con aguja casera, allí unas confituras añejas o unas relucientes cacerolas que abuela y nieta habrán unido en empresa improvisada. Hay que apañárselas y sobrevivir uniendo las generaciones. No giran alrededor los cangilones capitalinos del interés y la prepotencia cristalizados en artículos de lujo, en electrodomésticos inalcanzables o en coches y computadoras de factura hechicera. La vista recorre las fachadas que ya olvidaron para siempre la pintura, las colmenas irremisiblemente iguales las unas a las otras, esas que la arquitectura soviética pareció urdir para burla y apocamiento de la diversidad humana, los descascarillados apliques, los canalones desventrados, los tejados planos en donde sobresalen las antenas de televisión portadoras hoy de humillaciones desconocidas, las ventanas semihuérfanas de cristales que un cartón o una malla de plástico intenta suplir aquí o allá. Y pronto, pasadas y dobladas manzanas y solares fabriles cercanos a esa estación antaño receptora del oro blanco —el algodón de Asia Central—, se levanta grotesca la inevitable estatua de Lenin. ¿A cuál de los consagrados cánones de la iconografía se habrá atendido el escultor en este solar de quimeras destruidas? El hombrecillo con cabeza de bala se alza irrisorio sobre su plinto con una petulancia en la que no es difícil vislumbrar una venganza póstuma. En Rusia siempre he intentado clasificar las variaciones que existen sobre ese canon; por ejemplo, el Lenin torero o gallo de pelea levantado en la plaza Ilichá de Moscú, el Lenin agazapado como una rana presta al brinco tras la estatua del príncipe Yuri Dolgoruki en la plaza frontera al Ayuntamiento, el Lenin mongoloide de caftán trémulo desafiando un viento invisible frente a la estación de metro Oktiábrskaya... Aquí ya me vence un hastío que A. comprende con una sonrisa. ¿Qué parque funerario de arrogancia y crueldad podría conservar hoy todas esas estatuas? Más, como se ha escrito, en Rusia es posible cualquier cosa y su opuesta. He ahí la pared coloreada de esa casa anónima. En el panel mugriento un artista también anónimo ha pintado un gigantesco póster a la honra del último Morósov que poseyó las fábricas de la ciudad. Aparece el rostro y el apellido ornamentado con florones. Hay quienes se escandalizan por esa idealización pubertaria del pasado y ven en películas como el documental *La Rusia que perdimos* (1991) de Stanislav Govorjin una blasfemia contra toda la humanidad progresiva. Tortuosa ruta de la nostalgia. Tortuosa ruta también la del añorador. Pe-

ro ¿qué selectiva indignación anima a esos virtuosos críticos? ¿No tienen nada que objetar contra esa imagen de Occidente, oficializada hoy, en la que sólo vence la virtud, la honradez, la cultura, la seriedad, el trabajo, los valores más altos de todo el legado humanista que por ensalmo emergen del mercado y su inexorable eficacia? Huyamos de lo incómodo: en Occidente no existen Jefes de Estado que deban su puesto al perjurio o a la mentira continuada sobre su pasado, sus alianzas, sus intenciones o su salud. En Occidente, la prosperidad económica jamás es oficio de especuladores ni de gánsters sutiles, ni de embaucadores encumbrados en medios de comunicación que fomentan y robustecen el envilecimiento, la ignorancia y la desidia de sus conciudadanos. En Occidente, la clase política es ajena a cualquier forma de corporativismo; está compuesta de manera exclusiva por hombres y mujeres, siempre renovables y renovados, a los que nimba la capacidad, la veracidad y la integridad más acrisoladas. Estos no conocen ambición alguna, ni apego al poder, ni bandería, ni secretismo. Siempre y de modo implacable, expulsan de su seno al infrecuente correligionario sorprendido en un traspies, y abominan del manto de unos perdones recíprocos que jamás emplean. En Occidente, el norte ético y político de todos los delegados no es sino la responsabilidad contable y jurídica ante aquellos que representan. Así se logra que las decisiones de los grandes centros financieros, bancarios o militares sean transparentes para cualquier ciudadano, quien goza del reconocido derecho de saber quiénes mandan de verdad en la cosa pública, porque él lo dispone en cada situación. Por eso, el votante occidental es un ser coherente y lúcido y, desde la escuela, se le ha preparado con esmero para juzgar o hacerse cargo de la maquinaria política con criterios de justicia y eficiencia. Esta es una lectura posible de Occidente: ¿puedo participársela a quienes viajan conmigo en el vagón? La Rusia anterior a 1917 (el "país de iconos y cucarachas", según Maxim Gorky) es también descriptible desde posturas análogas a la expuesta. Una es la de Govorjin. Sin embargo, oídas una y otra versión, el veredicto más generalizado es el que procede de un juicio popular que en Rusia falla entre los litigantes: "Nos hemos enterado de que cuanto los capitalistas decían sobre los comunistas era cierto. Nos hemos enterado también de que todo cuanto los comunistas decían sobre los capitalistas era verdad".

El sol va secando los charcos de las aceras. La costra cálida del lodo quiere brillar bajo los zapatos de tantos peatones apresurados, en quienes nadie encontraría ese ocio que sugieren las manos libres y el caminar sereno. Tal sería el resultado de las verdade-

ras artes de la paz. Aquí, como en tantos lugares, se resquebraja el maligno tóxico de la indolencia eslava, de esa presunta dejadez que inmoviliza a la vida rusa. Doquiera bolsos de tela o material sintético, gráficos tesoros anunciadores de marcas de cigarrillos, de olimpiadas y competiciones deportivas, de tiendas libres de impuestos en aeropuertos internacionales jamás visitados, de bebidas exóticas en carnavales del trópico. La aldea global aparecía estática frente a la estación de Kursk o en los asentados zocos moscovitas, pero en Oriéjovo-Zúyevó ésta transita en un hormiguero más pobre: el que la televisión tiránica y otros medios de adoctrinamiento, persuasión y coacción han aventado como un detritus de baratijas. Copacabana y Brooklyn son topónimos familiares. También Niza y San Remo, Marbella y la Costa del Sol. Quizás la Isla Mauricio, las Islas Maldivas, los bosques de Tasmania... Es cuestión de escudriñar propagandas y letreros. Mas el nombre no crea la cosa; sólo dispara el deseo o la fantasía en ese hombre o en esa mujer de calcetines embarrados a penas entrevistados tras las sandalias de plástico, propias de otra estación y lugar. El nombre es sombra de la cosa, como imán de lo inalcanzable y proclamado. Agujero temible del tiempo, del espacio y de la ambición: quien manda sabrá cómo puede atravesarlo para administrarlos a todos. Quizá sucede que, por añadir deseo sobre deseo tras tanto ayuno, todos los deseos juntos maten el deseo mismo con la mole de su losa. Mas, en el ajetreo inmediato de este día, el sol es incapaz de repartir equitativo calor por tantos desniveles y por entre tantas baldosas como se han esfumado: las pequeñas ciénagas permanecerán aquí y allí, pútridas hasta la definitiva estación de lluvia y nieve. Por eso, al caminar, cuesta tanto delimitar con tino la calzada y la acera; y los autobuses y coches que circulan, semejantes a los que diez años atrás se veían en Moscú, sellan todo este tiempo vago con su mecánica desastrada. Rusia pasa de disfraz a disfraz porque siempre ocultará algo. En esto la capital hipermotorizada y la provincia no comparten gran cosa fuera del zig-zag de frustración y mugre. Siguen las olimpiadas y los cigarrillos americanos, el prestigio lejano, remotísimo, los anuncios ambulantes que portan quienes quizá ya no reparan en ellos.

La sorpresa, sin embargo, no tarda mucho. La zarza ardiente de Moisés se ha encendido ante nosotros. ¿Qué significante ese fuego y ese hedor ya percibidos en otras ocasiones? Delante está. Unos niños contemplan alelados el caucho humeante de la gran hoguera que han encendido con neumáticos de automóvil. No es difícil encontrar coches desguazados por descampados y esquinas, barrizales o patios de vecindad en Oriéjovo-Zúyevó. Seguramente se

trata de este último caso, como confirmaríamos si buscáramos el desecho entre las viviendas cercanas. El botón ha ido sirviendo de negocio troceado para los más fuertes y, ahora, de diversión apelmazada para los juguetones aprendices. El humo negruzco vela el rostro de los niños, eufóricos algunos por la conquista. De vez en cuando, la tinieblas clarea y el aire ramificado deforma las facciones y gestos. Todo parece una inmensa mueca, pero constituye la distracción ritual e imprescindible de quienes aquí representan a uno de los más numerosos grupos olvidados en la mesa del festín. Quede para ellos la peste. Los observadores y analistas de Occidente suelen recalcar el triste sino que en la vieja-nueva Rusia sufren las personas ancianas, los discapacitados, los jubilados y otros; dentro de ella, este es también saber común, difundido hasta la saciedad en prensa y demás medios: maestras ancianas que buscan en la basura, veteranos de batallas históricas que venden sus medallas de guerra o sus diplomas de heroicidad en rastros y mercadillos de coleccionista. Viejas solitarias que se alimentan durante meses con leche y pan duro, con un sorbo de té cada jornada. Como lujo, se compran una naranja una semana y, de tarde en tarde, un pomelo. Nada extraña; nadie se sorprende. Pero, en mi experiencia, son muy escasos los estudios que reparan en la desgarradora extensión de la miseria entre la infancia rusa. Los reportajes televisivos quieren explorar el monopolio mediático de los niños asesinados en Bogotá o Río de Janeiro, y la opinión pública poco sabe y poco quiere saber de esa pauperización acelerada del niño que avanza en el país. La cuita de los ancianos puede generar bonachona piedad; el otro trance concita miedo e interesada inquietud. Comparecen en él dos constantes contradictorias, pero entrelazadas en extraña alquimia social: por una parte, el grupo familiar extendido hacia ambos lados (tíos, primos) y en la vertical (abuelos, nietos), o sea, el salvavidas que ha contribuido a impedir la explosión; y, por otra, el altísimo índice de divorcio, abandono y disgregación comunitaria. Así el fenómeno de las bandas de niños y adolescentes errabundos puede recordar a veces las atroces convulsiones de los años veinte, concluida la guerra civil, y proyecta hoy por hoy una sombra asesina sobre ese futuro en el que la oligarquía yeltsiniana va forjando su prosperidad. Está en la naturaleza de las cosas que todos, victimarios y víctimas, habrán de luchar con tal herencia cuando los hoy ancianos hayan desaparecido. ¿Como procederán entonces? Los ahora encumbrados contarán con sus leyes, sus jueces y sus fiscales, con sus sistemas de protección para legitimar lo conquistado en estas mismas fechas. Es arriesgado e iluso confiar en que su mentalidad de vencedores forjados en rebatifa rapaz genere otras

medidas que vayan más allá de la cárcel y la fusta. Pero, señalan los apologistas que en Occidente calibran todo esto como inevitable tributo al futuro bienestar. Rusia no es Angola ni Etiopía: aunque el PIB se haya reducido a la mitad, las tierras se cultivan y los niños no vagan con los vientres hinchados y las piernas como astillas o alambres. La hambruna africana es aquí desconocida. Cierto, pero ¿por qué razón esos teóricos del desarrollo no se refugiaban en época soviética en esa comparación que la geografía y la historia revelan como absurda? Si, diez o quince años atrás, alguien hubiera rechazado la propaganda oficial como delirio triunfalista, pero hubiese utilizado ese símil como último baluarte en la polémica, los hoy defensores occidentales del régimen yeltsiniano le hubieran despedido con una arrogante carcajada: tantas riquezas naturales, tanta ciencia y tecnología, tanta población instruida y urbanizada, territorio tan vasto... ¿no pueden ofrecer nada mejor que una comparación desesperada con Etiopía o Angola? Los ideólogos de la economía, como los teólogos, pueden y saben declarar misterio, por aferrarse a apologeticas rituales, a todo cuanto rebasa su comprensión. O, por supuesto, a todo cuanto rebasa la comprensión de quien les pague, aunque éste, sin necesidad de barroca ideología, sepa bien dónde mora su verdadero interés. Quizá por eso la zarza ardiente seguirá ardiendo en Oriéjovo-Zyevó y en inúmeros lugares por un tiempo espantosamente largo. Humean en ella esperanzas y ensueños propios del alba confusa de la libertad. Humean también proyectos racionales de reconstrucción y civismo. Y, mientras luce la zarza, ¿en qué estadística computar a todos estos seres que asisten y no asisten a la escuela, tienen y no tienen trabajo, colaboran y no colaboran en la producción? El propio registro ruso (*Goskomstat*), objeto de cuantas sospechas se quiera, revela que ya en 1993 los menores de dieciséis años componían el 39% de los catalogados como pobres, frente al 28% de los jubilados y el 28% de los adultos activos en general. O sea: 39% frente a 56%. Pero —recuérdese— todos esos pobres son muy pobres, tanto los que se van muriendo sin entender nada después de creer haber entendido y los que, nacidos poco antes de la implosión de 1991, irán trampeando sus vidas entre anuncios luminosos, ostentación obscena de mandamases, y respetabilidad adquirida por hampones no-hampones—, con el fondo del insalvable abismo que va de la realidad al deseo. La apetencia generará violencia y corrupción. El inevitable y previsto éxito de algunos en la lid de la ferocidad y el atropello generará apetencia aún mayor en los restantes. La concupiscente rueda seguirá girando porque el deseo del hombre es infinito en el infinito.

Por supuesto, también está la huida. A falta de

los supletorios brindados en las ciudades de Occidente y ya imitados a gran escala en Moscú y grandes urbes (el aumento en el consumo de drogas registrado es del 100% anual), la hilera de kioscos revela aquí, tras el caucho consumido, la escapatoria más tradicional e inmediata. Como en todas las aglomeraciones, la fila de acristalados tenduchos (*torgovyi riad*) no podía faltar en Oriéjovo-Zyevó: todos están colmados de tentadoras botellas polí Cromas y, en menor medida, de dudosos embases de comida o dulces. Pero éste es un reino de etiquetas imaginarias: las mañas en la falsificación de euforizantes alcohólicos llegan con frecuencia a la prensa al reseñar intoxicaciones y envenenamientos de barriadas o pueblos. Muy pocos creen que el contenido de una botella se corresponda por necesidad con el llamativo anuncio que, pegado sobre el vidrio, atrae los rublos del comprador. Ni siquiera el agua mineral se libra de esta trampa, ni las botellas que ofrecen vino de Georgia o California, coñac de Armenia, sangría dulzona de España, o licores holandeses o escandinavos. Quizá es mejor no pensar en ello, y confiar en que los periódicos aireen otro caso de pócima homicida en algún lugar perdido. Hombres y niños se arremolinan en torno a los tenderetes. Compran, venden, trapichean, discuten y, de vez en cuando, los adultos lanzan miradas furtivas sobre el hombro. Parece que siempre están tramando algo. ¿De qué fuente misteriosa mana ese dinero que el Estado o las empresas retienen, y por qué cauces más misteriosos aún se difunde y multiplica? Un poco más al Este, el gran emporio textil de Ivánovo y su medio millón de habitantes (el Manchetero ruso) ha conocido un destino parangonable a esta ciudad más pequeña de cardados, tintes, telares y antiguas lanzaderas, también de fabricación de piezas de maquinaria y materiales plásticos. El sector textil es uno de los menos favorecidos por la bonanza de la especulación y la inversión extranjera y uno de los más abandonados al tejemaneje de la almoneda y la expoliación. ¿Cómo iban a conseguirse contratos multimillonarios de exportación para estos productos de vieja herramienta y manufactura? Quede tal suerte para el aluminio, el níquel, los diamantes... Todo cuanto el mercado mundial pueda absorber y no cause disfunción entre los compradores y prestamistas que son, ellos mismos, productores. Y, sin embargo, de las 150 mil almas de esta ciudad el desempleo oficial entre la población activa no registra sino un porcentaje sorprendente: un poco más de la media rusa del 8.5%. ¿Cómo será posible? ¿Por qué aquí y en todos estos sectores de crecimiento negativo, en principio inasimilables a la renovación y la transformación, no se ha producido un estallido social con enfrentamientos callejeros, incendios, asaltos a las sedes del

gobierno y toda esa forma de anárquica degollina que la historia rusa típica con los nombres de *bunt*, *smuta* y *raspad*? Aquellos héroes populares del folclore y la leyenda, los Stepka Razin, los Pugachov y todas las demás figuras que acaudillaron los levantamientos del turbulento pasado se han quedado sin descendientes. Son otras las expectativas, como son otras las migajas de la lotería globalizadora en comparación con las ofrecidas por una economía de siervos agrarios. Arcano del presente y de la paciencia planetaria del presente.

Al observar los rostros pensativos, la sensación febril de un quehacer imbricado con el ocio, el vaivén entre la capital y estas ciudades, las forma de tráfico casi secretas entre todas ellas —en rutas que hoy son, mañana no serán y pasado mañana volverán a ser—, empiezo a perderme en una espiral de intrincados anillos. El primero es ese intento de creación de paraíso thatcheriano que los nuevos peritos intentan crear con implacable e impasible cirugía: la constitución presidencialista y los poderes casi absolutos del ejecutivo reducen a inarticulado pataleo la oposición de una Duma en la que, por lo demás, la compra-venta de votos se convierte en trasunto de las pautas de conducta imperantes en el país. ¿Cómo se consigue que el desempleo se disfraze él solo y la estadística no precise de obvia manipulación, para credulidad interesada de Occidente y para robustecimiento del cinismo local? La respuesta es sencilla: dejemos que sea el mismo pueblo el que levante su decorado de fábula y tramoya, y construya fachadas de actividad fantasma allí donde el poder no se molesta ya por colocar ninguna. La práctica en Rusia es harto conocida y sólo puede comprenderse bien en función del legado paternalista soviético. Según aquél, no era el Estado directamente quien tutelaba la cotidianidad del trabajo, sino la empresa bien reglamentada por el Partido y sus correas de transmisión sindicales. Aquella se aureolaba como el lugar en que el productor se convertía en ciudadano y adquiría así una forma de autoridad delegada. Mas hoy es casi independiente, y la autoridad delegada se ha vuelto en la práctica autoridad autónoma. La protección social de la población empezaba y concluía en el propio puesto laboral, ya que el desempleo era, en teoría, o criminal o imposible. Las empresas eran, por eso, patentadas gerentes del tejido de la protección social, y así muchas corrían a cargo de viviendas, sanidad, guarderías, instrucción, vacaciones, esparcimiento. El pretencioso gigantismo del desarrollo favorecía esta acumulación de funciones. Pero ni los edificios ni, en la inmensa mayoría de los casos, las entidades jurídicas se han volatizado en ningún limbo. En Oriéjovo-Zýevo este dato condiciona

cualquier otra observación. La URSS —ha de repetirse hasta la saciedad porque se olvida siempre— no ha desaparecido como consecuencia de una derrota militar y una ocupación, como le sucedió al Japón o a Alemania en 1945. ¿Qué le queda, pues, al trabajador fuera de ese núcleo orgánico, la vetusta empresa tentacular en sus cometidos, que la Rusia de Yeltsin parece conservar con sospechoso esmero? Nada; no le queda absolutamente nada. Según la ley, el despedido tiene derecho a tres meses de salario que al cabo de poco tiempo se reducirán a un 10% de los ingresos anteriores, por bajos que aquellos fuesen. Después... una batalla legal que no merece la pena entablar para obtener un nebuloso subsidio del Estado del que con razón nadie puede fiarse. Por consiguiente, es preciso aceptar cualquier rebaja nominal y real en el sueldo, cualquier atraso en su percepción o cualquier regulación del tiempo laboral mediante el trabajo semificticio por algunas horas —todo hasta las vacaciones indefinidas e impagadas que, sin embargo, no se computan ni se perciben como paro. Todo es preferible al baldón de figurar como desempleado, o sea, de morar en las tinieblas exteriores que rodean a la empresa, porque la mentalidad popular imperante en Rusia asimila algo así a un estigma de irredimible vergüenza. El trabajador no cuenta con ninguna arma de presión o negociación en este trance: las huelgas son impopulares y raras. Por un lado, el poder ensalza el individualismo como antídoto al veneno colectivista, pero por otra parte se cuida de fomentar y, si cabe, de robustecer los reflejos comunitarios a la hora de "salvar la empresa" acallando reivindicaciones, burlando promesas e ignorando derechos. Los directores de todos estos colectivos económicos son aquí pieza fundamental del entramado. Miembros de la vieja-nueva nomenklatura en su casi totalidad, hoy se constituyen como todopoderosos e indiscutibles guardianes con precisos intereses que sus relaciones siempre pueden satisfacer en el interior del propio estamento: ellos no sufren atrasos ni secuestros presupuestarios. Los sindicatos están cubiertos de desprestigio, pues salvo los abortados intentos de los combativos mineros del Donbas y de Siberia Oriental al final de la era Gorbachov, ningún movimiento articulado ha cobrado cuerpo en Rusia. De modo que siempre será mejor aguantar cualquier merma de ingresos o el atraso de tres o doce meses en el pago de los jornales antes que apurar el cáliz del despido. Esa pócima puede resultar mortal. Además, entre zarzas ardientes, vendedores ambulantes, kioscos de bebida barata... escudriñemos por un momento el horizonte. ¿Adónde ir por hoy? Como bien entienden y aceptan los trabajadores en Oriéjovo-Zýevo, la empresa es una especie de clueca y enferma gallina que sus polluelos pueden

parasitar con el consentimiento tácito de los amos: aquí se utilizan herramientas, combustible, bombillas, muebles, clavos, enseres domésticos; allí se crean redes informales de trueque o trabajo de ocasión; acullá la dirección paga en productos que en otro lugar sí pueden cambiarse por otros productos, o por alimentos o favores, o por indulgencia ante el quebramiento de la ordenanza que permite *hacer como que se respeta la ordenanza*. Incluso un certificado de impago de salario expedido por la empresa puede enternecer el corazón de los encargados del transporte en tren o autobús, detalle crucial sobre el amenazador abismo de la indigencia. La cuestión es conjugar el omnipresente verbo *vykruchivat'sia*, o sea, arreglárselas, apañárselas, espabilarse como uno pueda y las circunstancias permitan. Es el gran verbo yeltsiniano. Pero el caso es penetrar como sea en uno de esos circuitos de mercado, expoliación, o intercambio que la necesidad, el ingenio, la picaresca o la delincuencia más o menos llamativa inventa con la anuencia de todos. Se calcula que un cuarto de todas las transacciones económicas toman ya forma de trueque. ¿Cómo establecer puentes y nexos, cómo abrir galerías de topo en ese laberinto sin la relación de hombre a hombre —el *blat*— que en general surge en la misma empresa? ¿Quién sino ella puede seguir haciéndose cargo de las viviendas subvencionadas, de los servicios sociales que a duras penas se mantengan, de los gastos de agua, gas, calefacción, electricidad y demás? Las autoridades locales negocian costes, impagos, deudas y descubiertos con la dirección empresarial en un tira y afloja imprescindible según el cielo se encapote o la crispación aumente. Todos ellos se conocen; saben cómo tratarse, cómo defenderse. Negocian también la evasión o retención de impuestos, la adquisición milagrosa de suministros y herramientas por mor de promesas o amistades, de alianzas políticas en sorda lucha entre el centro y la periferia. Es tradición soviética el conseguir en todo punto un paternalismo fluido y aceptado, o sea, algo que asegure siempre la minoridad de la población y evite esos conflictos que hicieran recurrir a medios violentos. Cierto, nada se objeta en principio a la violencia o la brutalidad, pero éstas acarrear la posibilidad indeseable del contagio y toda represión es dispendiosa en su despliegue. Rusia es una nación paciente pero nerviosa. El código de honor del empresa-

riado, su etiqueta semiparasitaria, condenaría por ello al ostracismo a aquella dirección que no supiera brujulear dentro y fuera de una legalidad indefinible para mantener la constante estadística de la calma. Calma aparente, por supuesto: el blindeo interno de las viviendas obreras de Oriéjovo-Zúyev no es signo de ninguna obsesión enfermiza. La multitud de candados y llaves constituye aquí la traducción pobre del gran negocio capitalino en las empresas de alta seguridad entre los oligarcas adinerados. Mas otros fenómenos locales, documentados por doquiera, no tienen traducción entre aquellos: ni el miedo a los hospitales infectos y patógenos, a las guarderías en donde la hepatitis parece endémica, a las escuelas que se presume focos de toda infección, al agua contaminada y turbia de los grifos, a los alimentos de inspección sanitaria errática y mentirosa... Hay que vivir; mas el mayor de todos los capitales es el acumulado aquí por la desconfianza, la precariedad y la improvisación. Entre los trabajadores (fabriles o no) se popularizó en época de Brézhnev el transparente principio: "Ellos hacen como que nos pagan y nosotros hacemos como que trabajamos". La versión del brezhnevismo actual en lugares como éste (Brézhnev y Chernienko suelen ser ya objeto de incómodas comparaciones con Yeltsin y sus boyardos) reviste formas más complejas en el imprescindible arte de la simulación y la disimulación, cuando el flujo de dinero ya no está garantizado y la iniciativa individual puede manifestarse con mayor latitud. He aquí el resultado: es preciso hacer a la vez como

que se trabaja y no se trabaja, trabajando en otra cosa. Y es preciso también hacer como que se paga y no se paga, de forma que por un lado el dinero circule poco (dogma oficial monetarista), aunque por otro circule cuanto pueda y la población se autodisciplina en actividades esporádicas y azarosas, remuneradas tras puro contrato verbal. Se trata de colocar fachada ante fachada y biombo ante biombo, con lo que a la postre la diferencia entre fachada, biombo, cimienta, interior o techumbre se difumina hasta perderse en la cultura de la imprevisible cotidianidad. Tras conquistar Crimea para Catalina II, en 1787 el príncipe Grigory Potiomkin hizo levantar a ambos lados de la ruta decorados que simulaban aldeas para impresionar así a la soberana por aquella tierra baldía. Tal engaño se antojaría hoy inocente y pueril. <

